

vece: por semana en el café de la Mairie; pero hace cinco días que el buen hombre no ocupa ya su sitio ordinario en nuestra mesa de juego; esto me parece anormal y me inquieta grandemente.

—Tendrás intereses con él?

—Absolutamente ninguno; pero sus relatos me interesan. Bajo su exterior de niño inocente, me hace el efecto de un hombre que ha sufrido muchísimo y que aún sufre. Tengo por él una gran simpatía y quedaría desolado si le hubiese ocurrido alguna cosa desagradable.

Muy entretenidos por la conversación habían llegado los dos amigos al restaurant donde el escultor tomaba su comida; Gedeón cumplimentó á su compañero y se encargó de disponer el «menú».

Este «menú» era succulento, los vinos generosos; el ex director del teatro que después de su última irrupción artística no se había hallado nunca en festín tan completo, comió por cuatro y bebió por seis.

Cuando los dos jóvenes se levantaron de la mesa estaban coloradísimos, Gedeón se sentía más fuerte que nunca; Aristides había olvidado sus amarguras, y por atención por el que acababa de tratarle tan á 1.º príncipe no habló más de asociación con el ilustre Trim.

Se agarró del brazo de su compañero, y con arrogante paso, como todos los que han comido fuertemente, se dejó llevar hacia la calle Druot donde Gedeón había propuesto tomar la ruta.

Los dos amigos llegaron así al café de la Mairie.

Este establecimiento bastante amplio estaba dividido en dos partes muy distintas por un ligero tabique.

En la primera estaban reunidos los empleados que no ocupaban la habitación, clientes casuales leyendo los periódicos, comentando los sucesos del día ó haciendo consumo de «yanzi» bajo la mira del dueño.

El segundo puesto constituía una especie de sitio reservado donde sólo los parisienses podían penetrar.

Uno solo se hallaba en este momento.

Era un buen mozo con los cabellos de un rojo resplandeciente y la barba hirsuta y que ensimismado en la lectura de un pe-

riódico de la tarde echaba grandes humaredas de un gurripato de pipa, el cual desaparecía casi enteramente entre sus dientes.

A la llegada del escultor Aristides, levantó la cabeza, y al momento una gran sonrisa vino á iluminar su rojiza cara.

—¡Por Minerva! — exclamó con voz estentórea — ¡Por Minerva! ¡Gedeón! ¿Quién me traes aquí? ¿No es este Aristides Lavignette?

—Aristides Lavignette de carne y hueso es á quien he tenido el honor de coger en la estación desde donde nos llega en línea recta de Marsella.

El joven rojo depositó sobre la mesa su gurripato de pipa, tiró á lo lejos el periódico cuya lectura no le interesaba ya, se levantó de un golpe y exclamó:

—¡Ven á mis brazos, antiguo colonel!

Aristides Lavignette sinceramente emocionado le dió un abrazo y no pudo sino repetir varias veces:

—¡Este viejo Galimard! ¡Este viejo Galimard!...

Cuando hubo pasado este momento de expansión Galimard como si fuera una masa se dejó caer sobre su banqueta y dando sobre la mesa un puñetazo dijo:

—¡Una botella! ¡Dos botellas! ¡Tres botellas! Debemos esta tarde celebrar la vuelta del hijo pródigo.

Cuando las botellas estuvieron servidas y los vasos llenos, cuando Galimard hubo vuelto á encender su quema-bocas, preguntó con el más vivo interés:

—¿Y la salud, mi antiguo socio?

—Siempre buena.

—¿Y los negocios?

Gedeón se encargó de la respuesta.

—Aristides viene á París á pretender la dirección de la Opera.

El empresario que había vaciado su vaso de una vez, comenzaba á trastornarse un poco y cogió la pelota al vuelo.

—¡Eh! ¿por qué no? No hay necesidad sino de que haya capital.

El poeta y repórter comprendió que Aristides no había conquistado el Pacto cambiando su traje sencillo por los oropeles de grande.

Los tres jóvenes charlaron alegremente de unas cosas y otras.